

CONFESIONALIDAD ANGLICANA

Primer libro de Homilías

1547

MUESTRA

Índice

Homilía I. Una exhortación fructífera a la lectura
y conocimiento de la Sagrada Escritura (comienzo)

Tapa blanda, 6 × 9 pulgadas, 182 páginas.

Páginas tal como se imprimen en el libro.

librodeoracioncomun.com

Índice

Introducción a esta edición	1
El Prefacio	2
I. Una exhortación fructífera a la lectura y conocimiento de la Sagrada Escritura	4
Primera parte del sermón	4
Segunda parte del sermón	8
II. Un sermón sobre la miseria de todo el género humano, y de su condenación a muerte eterna, por su propio pecado . . .	14
Segunda parte del sermón	19
III. Un sermón sobre la salvación del género humano solo por Cristo nuestro Salvador, del pecado y de la muerte eterna .	25
Primera parte del sermón	25
Segunda parte del sermón	29
Tercera parte del sermón	34
IV. Una breve declaración de la fe verdadera, viva y cristiana . .	39
Primera parte del sermón	39
Segunda parte del sermón	43
Tercera parte del sermón	49
V. Un sermón sobre las buenas obras anexas a la fe	54
Primera parte del sermón	54
Segunda parte del sermón	58
Tercera parte del sermón	65
VI. Un sermón sobre el amor cristiano y la caridad	72
Primera parte del sermón	72
Segunda parte del sermón	76
VII. Contra el jurar en vano y el perjurio	81
Primera parte del sermón	81
Segunda parte del sermón	86
VIII. Un sermón sobre lo peligroso que es apartarse de Dios	91
Primera parte del sermón	91
Segunda parte del sermón	96

IX.	Una exhortación contra el miedo a la muerte	103
	Primera parte del sermón	103
	Segunda parte del sermón	108
	Tercera parte del sermón	113
X.	Una exhortación acerca del buen orden y la obediencia a los gobernantes y magistrados	121
	Segunda parte del sermón	125
	Tercera parte del sermón	131
XI.	Un sermón contra la fornicación y la impureza	136
	Primera parte del sermón contra el adulterio	136
	Segunda parte del sermón contra el adulterio	141
	Tercera parte del sermón contra el adulterio	147
XII.	Un sermón contra la contienda y las riñas	156
	Primera parte del sermón	156
	Segunda parte del sermón	161
	Tercera parte del sermón	167

HOMILÍA I

Una exhortación fructífera a la lectura y conocimiento de la Sagrada Escritura

PRIMERA PARTE DEL SERMÓN

Para el hombre cristiano no puede haber nada más necesario o provechoso que el conocimiento de la Sagrada Escritura, porque en ella se contiene la verdadera Palabra de Dios, que da a conocer su gloria y también el deber del hombre. Y toda verdad y enseñanza necesaria para nuestra justificación y salvación eterna está extraída, o puede extraerse, de esa fuente y manantial de verdad. Por lo tanto, todos los que desean entrar en el camino recto y perfecto hacia Dios deben aplicar su mente a conocer la Sagrada Escritura, sin la cual no pueden conocer suficientemente ni a Dios y su voluntad, ni su propio oficio y deber.

Y así como la bebida es agradable para los que tienen sed, y el alimento para los que tienen hambre, así lo es la lectura, la audición, el examen y el estudio de la Sagrada Escritura para quienes desean conocer a Dios o conocerse a sí mismos, y hacer su voluntad. Y solo sienten asco y rechazo por el conocimiento y el alimento celestial de la Palabra de Dios aquellos que están tan ahogados en las vanidades mundanas que no encuentran gusto en Dios ni en piedad alguna; pues esa es la razón por la que desean tales vanidades antes que el verdadero conocimiento de Dios.

Así como a los enfermos de fiebre todo lo que comen y beben, por agradable que sea, les resulta tan amargo como el ajeno, no por la amargura del alimento, sino por el humor corrupto y amargo que hay

en su propia lengua y boca; así también la dulzura de la Palabra de Dios es amarga, no por sí misma, sino solo para aquellos que tienen la mente corrompida por una larga costumbre de pecado y por el amor de este mundo.

Por lo tanto, abandonando el juicio corrupto de los hombres carnales, que solo se preocupan de su cuerpo, oigamos y leamos con reverencia la Sagrada Escritura, que es el alimento del alma. Busquemos diligentemente el manantial de la vida en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, y no corramos, para obtener nuestra justificación y salvación, a los charcos apestosos de las tradiciones de los hombres, ideadas por la imaginación humana. Pues en la Sagrada Escritura se contiene plenamente lo que debemos hacer y lo que debemos evitar, qué creer, qué amar y qué esperar, al fin, de las manos de Dios.

En estos libros hallaremos al Padre de quien, al Hijo por quien y al Espíritu Santo en quien todas las cosas tienen su ser y su subsistencia; y hallaremos también que estas tres personas son un solo Dios y una sola sustancia. En estos libros podemos aprender a conocernos a nosotros mismos, lo viles y miserables que somos, y también a conocer a Dios, lo bueno que es en sí mismo y cómo nos hace, a nosotros y a todas las criaturas, partícipes de su bondad. También podemos aprender en estos libros a conocer la voluntad y el beneplácito de Dios, en la medida en que nos conviene saberlo por ahora.

Y como dice el gran erudito y piadoso predicador san Juan Crisóstomo: «Todo lo que se requiere para la salvación del hombre está plenamente contenido en la Escritura de Dios. El que es ignorante puede allí aprender y tener conocimiento. El que es de corazón duro y un pecador obstinado hallará allí los tormentos eternos, preparados por la justicia de Dios, para hacerlo temer y para ablandarlo y enternecerlo. El que está oprimido por la miseria de este mundo hallará allí alivio en las promesas de la vida eterna, para su gran consuelo y

aliento. El que ha sido herido de muerte por el diablo hallará allí la medicina con la que puede recobrar la salud».¹

«Si se requiere enseñar alguna verdad o refutar una falsa doctrina, reprender algún vicio, alabar alguna virtud, dar un buen consejo, consolar o exhortar, o hacer cualquier otra cosa necesaria para nuestra salvación, todas esas cosas —dice san Crisóstomo— podemos aprenderlas abundantemente de la Escritura».²

«Hay en ella —dice Fulgencio— de sobra, tanto para que los hombres coman como para que los niños mamen. Hay allí todo lo que es apto para todas las edades y para todos los grados y clases de hombres».³ Por lo tanto, estos libros deberían andar mucho en nuestras manos, en nuestros ojos, en nuestros oídos, en nuestra boca, pero sobre todo en nuestro corazón.

Porque la Escritura de Dios es el alimento celestial de nuestras almas.⁴ Oírla y guardarla nos hace bienaventurados, nos santifica y nos hace santos.⁵ Convierte nuestras almas; es lámpara a nuestros pies;⁶ es un instrumento de salvación seguro, firme y eterno; da sabiduría a los corazones humildes y mansos; consuela, alegra, anima y reconforta nuestra conciencia; es una joya o un tesoro más excelente que cualquier oro o piedra preciosa; es más dulce que la miel o el panal;⁷ se llama la mejor parte, la que escogió María, porque tiene en sí consuelo eterno.⁸

Las palabras de la Sagrada Escritura se llaman palabras de vida eterna, porque son el instrumento de Dios, ordenado para ese mismo fin.⁹ Tienen poder para convertir, mediante la promesa de Dios, y son

¹ Pseudo-Crisóstomo, *Hom. in Matthaeum*, 41; autor verdadero desconocido.

² Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la Segunda Carta a Timoteo*, 9.

³ Fulgencio de Ruspe, *Sermones*, 1.1.

⁴ Mateo 4:4.

⁵ Lucas 11:28; Juan 17:17.

⁶ Salmos 119:105.

⁷ Salmos 19:7-10; Salmos 119:105; Salmos 119:130.

⁸ Lucas 10:39; Lucas 10:42.

⁹ Juan 6:68.

eficaces mediante la asistencia de Dios; y, recibidas en un corazón fiel, ejercen siempre su acción celestial y espiritual.¹⁰ Son vivas, vigorosas y poderosas en su operación, y más cortantes que toda espada de dos filos, y penetran hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos.¹¹

Cristo llama sabio a quien edifica sobre su Palabra, sobre su fundamento seguro y sólido.¹² Por esta Palabra de Dios seremos juzgados, pues «la palabra que yo hablo —dice Cristo— es la que juzgará en el último día».¹³ A quien guarda la Palabra de Cristo se le promete el amor y el favor de Dios, y que será la morada o el templo de la bendita Trinidad.¹⁴

Todo aquel que sea diligente en leer esta Palabra y en imprimir en su corazón lo que lee verá disminuir en él el gran apego a las cosas transitorias de este mundo, y crecerá en él el gran deseo de las cosas celestiales que Dios le promete en ella. Y no hay nada que fortalezca tanto nuestra fe y confianza en Dios, que tanto mantenga la inocencia y la pureza del corazón, y también la vida piadosa exterior y la conducta, como la lectura y la meditación continua de la Palabra de Dios. Porque lo que la lectura continua de la Sagrada Escritura y su examen diligente imprimen y graban profundamente en el corazón acaba por convertirse casi en una segunda naturaleza.

Y, además, el efecto y la eficacia de la Palabra de Dios es iluminar al ignorante, dar más luz a los que la leen con fidelidad y diligencia, consolar sus corazones y animarlos a cumplir lo que Dios ha ordenado. Enseña la paciencia en toda adversidad, la humildad en la prosperidad, qué honor se debe a Dios, qué misericordia y caridad al prójimo.

¹⁰ Colosenses 1:5-6; Colosenses 1:25-28.

¹¹ Hebreos 4:12.

¹² Mateo 7:24.

¹³ Juan 12:48.

¹⁴ Juan 14:23.